

ANTONIO MORESCO

La lucecita



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LA LUCECITA

ANTONIO MORESCO

ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
La lucina

Edición en formato digital: diciembre de 2015

© de la traducción, Francisco J. Ramos Mena, 2016

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3667-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

CARTA AL EDITOR

Querido Antonio:

Te mando esta breve novela, que escribí hace unos meses en un cuaderno. No me apetece adelantarte aquí, en unas pocas líneas, la historia, porque no me resulta fácil hablar de ella, porque prefiero que la descubras por ti mismo página tras página, y para no privarte de la sorpresa.

Es una historia emanada de una zona muy profunda de mi vida, es como una pequeña caja negra. Hablándote de esto que me apremiaba por dentro y de lo que estaba a punto de empezar a escribir, una tarde te dije que para mí sería, en cierto sentido, testamentario, que si me muriera al día siguiente de haberlo escrito sería mi testamento. No porque lo considere más significativo e importante que libros como *Gli esordi* o *Canti del caos*, sino precisamente por su particular naturaleza íntima y secreta.

También ésta, como *Gli incendiati*, ha sido una irrupción no calculada e imprevista. Así como la última es un pequeño meteorito que se desprendió de *Canti del caos*, ésta es una pequeña luna desgajada de la masa todavía en fusión de mi nueva novela, que se titulará *Gli increati*.

La lucecita nació de una inspiración de unas pocas líneas, tan sólo una pequeña escena apuntada en las notas

que he garabateado durante años con vistas a *Gli increati*. Creía que esa escena encontraría sitio allí dentro, que ocuparía como mucho media página. En cambio, es evidente que estuvo trabajando en secreto dentro de mí. Así, en un determinado punto, reclamó su propia vida autónoma. Y entonces creció como una pequeña criatura siamesa, hasta el momento en que tuve que desprenderla del otro cuerpo mayor en el que inicialmente había anidado.

Ésta es, pues, la historia del librito que ahora tienes entre las manos.

ANTONIO MORESCO

1

He venido aquí para desaparecer, en esta aldea abandonada y desierta de la que soy el único habitante.

El sol acaba de ocultarse tras la cresta. La luz se está extinguiendo. En este momento estoy sentado a unos metros de mi pequeña casa, frente a un despeñadero vegetal. Observo el mundo que está a punto de sumirse en las tinieblas. Mi cuerpo está inmóvil en una silla de hierro cuyas patas se hunden cada vez más en el suelo, y, sin embargo, de vez en cuando me falta el aliento, como si me precipitara sobre un columpio con las cuerdas ancladas en algún punto infinitamente lejano del universo.

El cielo está surcado por las últimas golondrinas que vuelan de aquí para allá como flechas. Me pasan rozando la cabeza, lanzándose en picado sobre vastas esferas de insectos suspendidos entre cielo y tierra. Siento el viento de sus alas contra mis sienes. Veo claramente frente a mí el cuerpo negro de algún insecto más aquillado y más grande en el momento en que se lo traga una golondrina que lo seguía con el pico muy abierto, lanzando gritos. El silencio es tal que hasta logro escuchar el estrépito de su cuerpo, que sigue sufriendo triturado y desmembrado dentro del cuerpo del otro animal, mientras éste remonta embriagado hacia el cielo.

Permanezco todavía mucho rato aquí sentado. La luz desaparece poco a poco, todo este mundo vegetal se vuelve cada vez más oscuro ante mis ojos. Empiezan a surgir de todas partes las voces de los animales nocturnos, invisibles en el negro follaje.

Ni rastro de vida humana.

Sólo cuando la oscuridad se hace aún más densa y empiezan a iluminarse las primeras estrellas, al otro lado de esta estrecha garganta cortada a plomo, en un trecho más llano de la cresta de enfrente, hundido entre los bosques como una silla de montar, cada noche, cada noche, siempre a la misma hora, de repente se enciende una lucecita.

2

«¿Qué será esa lucecita? ¿Quién la encenderá?», me pregunto mientras camino por las calles de piedra de este pueblecito donde no ha quedado nadie. «¿Acaso es una luz que se filtra de alguna casita aislada en el bosque? ¿Acaso es la luz de una farola que ha quedado allá arriba, en otra pequeña aldea deshabitada como ésta, pero evidentemente todavía conectada a la red eléctrica, que se enciende siempre a la misma hora por un simple impulso?»

Sólo se oye el ruido de mis pasos retumbando en las callejuelas, distingo los peldaños de piedra de alguna escalera derruida, la puerta destrozada de algún establo, las ruinas de los tejados de pizarra desplomados y cubiertos de enredaderas, de las que emergen copas de higueras o laureles crecidos entre los escombros, dos pilones de piedra llenos de agua, portones de pintura brillante y desconchada.

«¿Dónde me encuentro?», me pregunto. «¿Qué es lo que veo? ¿Existe de verdad este lugar fuera del mundo que están viendo mis ojos? Aunque nadie más que yo, en todo el universo, sabe que existe, sabe que en este momento hay un hombre absolutamente solo que mueve su cuerpo entre estos restos de piedra sobre los que no cesa un solo

instante, día y noche, el tormento vegetal de las enredaderas.»

Enfilo un angosto camino cuesta abajo que lleva a un pequeño cementerio. Cuando hay luna se ven claramente, al borde del camino invadido por la vegetación, iluminados casi como si fuera de día por su luz espectral, los barrancos de los que surge el ruido del agua excavando su propio lecho en las anfractuosidades sonoras de las montañas impregnadas de lluvia y en las gargantas, las grandes siluetas de los árboles que se recortan contra el cielo. Sólo de noche, a la luz de la luna, se entiende de verdad qué son los árboles, esas columnas de madera y espuma que se proyectan hacia el espacio vacío del cielo.

Si no hay luna, se tiene que andar a tientas en la oscuridad, bajo la sobrecogedora bóveda celeste acribillada de miríadas de estrellas deshabitadas y otras manchas de luz.

Una noche, cuando bajaba por ese mismo camino, justo después de un recodo donde la oscuridad es aún más densa, oí un ligero ruido entre el follaje. Me volví a mirar. Eran dos tejones. Me miraban con sus ojos cercados de blanco, casi reflectantes en la oscuridad. Me detuve asombrado. Uno de los dos tejones cruzó velozmente el camino, completando un movimiento que probablemente ya había iniciado antes de verme aparecer. El otro permaneció inmóvil y siguió mirándome fijamente, aterrorizado por aquella presencia humana en su territorio.

También yo me quedé quieto, para darle tiempo de cruzar también a él y alcanzar al primer tejón, que estaba ya al otro lado. Pero no se movió. Seguía mirándome fijamente con sus grandes ojos cercados de blanco, sin apartarse del borde del camino, al descubierto, tan aterrorizado que ni siquiera era capaz de esconderse entre el follaje.

—¡Venga! —le exhorté en voz baja—. ¡Cruza tú también! Hay alguien que te espera al otro lado. Yo me quedo aquí quieto, no tengas miedo, no te voy a hacer daño.

Pero el tejón no se movía: yo seguía viendo aquellos dos círculos blancos en la oscuridad. Entonces retrocedí unos pasos para aumentar la distancia entre nosotros y tranquilizarlo. Pero parecía clavado. Retrocedí aún más. No bastó. Seguí retrocediendo hasta antes del recodo para que ya no me viera y se decidiera a cruzar. De vez en cuando me asomaba a mirar, para ver si por fin se había decidido. Pero seguían estando aquellos dos grandes círculos blancos y, en medio de ellos, dos brillantes ojos que miraban fijamente hacia mí, adivinando mi presencia en la oscuridad.

Aquella noche tuve que retroceder hasta la aldea para que el tejón, al oír el ruido de mis pasos alejándose cada vez más, se decidiera finalmente a dar alcance al otro tejón, que le esperaba oculto entre el follaje.

Esta noche está todo negro, no hay luna. Ando por este camino cuesta abajo, hasta un último recodo después del cual se ven de repente las lamparillas del cementerio. Desciendo aún más, contemplo de lejos esa pequeña galaxia de luces en la oscuridad. Llego ante la verja cerrada. Observo de cerca las lamparillas encendidas frente a los nichos, de un color indefinible entre el anaranjado y el rojo, que palpitan intensamente en la oscuridad de esta noche sin luna. «De alguna parte saldrá un impulso que enciende también estas lamparillas...», me digo. «Pero ¿por qué hay un cementerio precisamente junto a esta aldea deshabitada? ¿Quiénes serán las personas sepultadas aquí dentro, en la tierra y en los nichos? ¿De dónde vendrán? Hombres, mujeres, creo que hasta niños, por esos montones de tierra más cortos que los demás y por las pequeñas fotografías iluminadas apenas por las lamparillas...»

Vuelvo a mi casa, por el camino negro, bajo ese bullicio de estrellas. Junto a los pilones de piedra, quizá surgido de una vieja rejilla de hierro bajo la que se escucha gorgotear el agua, distingo el perfil achaparrado y oscuro de un sapo, que huye a pesados saltos al oír mis pasos.

Entro en casa. Cierro la verja, aunque no haya nadie. Me bebo un par de vasos de agua en la cocina. Subo el breve tramo de escaleras de madera. Entro en mi reducido dormitorio. Me desnudo, me pongo el pijama. Me meto en mi pequeña cama, que chirría un poco cuando me acuesto. Me zumban los oídos en esta absoluta ausencia de sonidos. Me quedo un rato así, con los ojos muy abiertos en la oscuridad. No sabría decir cuánto tiempo. Probablemente me encuentro ya entre la vigilia y el sueño cuando me parece percibir crujidos procedentes de abajo: ruiditos secos, repentinos, quizá la madera de los muebles y de los cajones que se contrae y se dilata en la oscuridad.

Me levanto. Enfilo la corta escalera, deambulo un poco por el piso de abajo, enciendo la luz para controlar que todo esté en su sitio y que no haya entrado alguien, aunque sé que no hay nadie. Voy a mirar también en el cuarto de baño. Tiro de la cadena, porque, debido a que la boya no cierra del todo, hay un pequeño goteo que en el silencio y la oscuridad de la noche parece amplificarse.

Vuelvo a la cama. Estoy a punto de volver a dormirme. Pero hay otros ruiditos, que esta vez provienen de arriba, del espacio intermedio que hay entre el cielo raso y el tejado. Porque a través de las tejas o por la chimenea se deslizan animales incluso bastante grandes, no sólo pájaros, sino también bestezuelas de cuatro patas que luego caminan por ahí arriba en la oscuridad, sobre mi cabeza.

Enciendo la luz. Vuelvo a salir de la cama. Cojo la linterna. Apoyo contra la pared la escalera de mano. Subo. Abro la trampilla, tosiendo por el polvo que cae. Observo desde abajo esa zona oscura llena de objetos inmóviles, trozos de tablas, hojas de celofán casi petrificadas bajo una capa de cal.

Enfoco aquí y allá con la linterna. Pero no se ve nada, no hay ojos que me miren fijamente deslumbrados desde la oscuridad.

Vuelvo de nuevo a la cama. Apago la luz de la mesilla de noche. Pero enseguida me levanto otra vez porque no recuerdo si he cerrado el postigo de madera del ventanuco. Doy unos pasos sobre las tablas del suelo con los pies desnudos. Me asomo un instante sobre las negras montañas cubiertas de bosques. Miro una última vez la lucecita encendida al otro lado de la garganta, en la oscuridad.

«¿Qué será esa lucecita?», vuelvo a preguntarme.

Cierro el ventanuco. Vuelvo a la cama. Al cabo de un rato me quedo dormido.

3

Mi jornada empieza pronto.

Me lavo. Me visto. Voy a abrir las ventanas. Contemplo un momento todo este mundo vegetal inmóvil como una aparición. La lucecita ya no está. Sólo las montañas cubiertas de bosques hasta donde alcanza la vista. Caen a plomo, marcadas por quebradas y surcos que apenas se entrevén tras el denso manto de follaje, como un paisaje rudimentario modelado a golpe de pulgar. Únicamente se distingue, mirando fijamente hacia esa parte, una minúscula superficie más clara que apenas asoma entre los árboles.

«¿Será una casita?», me pregunto. «Pero ¿quién va a vivir allá arriba, en medio del bosque?»

Como algo. Me lavo la ropa sucia en un barreño de plástico que meto dentro del fregadero. Voy a tenderla en una cuerda sujeta entre dos palos descortezados que encontré al borde de un sendero cuando llegué aquí. Lavo los platos una vez al día, por la tarde, en esta casa de piedra, en el silencio absoluto que lo rodea todo.

Delante, más abajo, en el despeñadero cubierto de bosque, se alza un castaño medio vivo y medio muerto. Su elevada punta destaca desnuda y blanca sobre el verde de los árboles, petrificada, mientras que el resto de la planta es un desatado apogeo de hojas. Hay muchos otros así, sobre to-

do castaños, creo. Algunos están casi completamente muertos, y se recortan sobre el bosque con su evidencia espectral. Pero de algún punto de esos troncos fósiles, cuando llega la estación, parten dos o tres ramas cargadas de erizas hasta troncharse.

Algunas veces me detengo frente a uno de esos árboles y lo observo.

—Pero ¿cómo se puede vivir así? —le pregunto—. A los hombres no les es posible: o están vivos o están muertos. O al menos eso parece...

No me responde.

Acaricio con la mano su superficie lisa, descortezada y petrificada. Luego la que está viva, cubierta de hojas. Imagino el río de la savia corriendo vertiginoso bajo la corteza, atravesando la parte muerta rozándola apenas y luego desembocando en esa nueva rama que se proyecta hacia el espacio, inventada por su misma presión.

Y también hay, en algunos puntos escarpados donde el terreno se ha desmoronado, raíces de árboles vivos asentadas sobre capas de roca desnuda o bien completamente fuera de la tierra, asomadas al vacío. Grandes plantas aplastadas en la base de un peñasco que discurren siguiendo el terreno y luego tuercen sus extremos hacia arriba. Pequeños troncos que han crecido unos junto a otros y luego son asimilados por otro mayor. Troncos que se encaraman como serpientes sobre plantas más grandes y se enroscan en sus ramas. Y al lado, árboles moribundos ahogados por los vástagos o por la nube de hiedra y otras trepadoras que ascienden hacia el cielo para envolverlos en su abrazo mortal. Musgos y líquenes que ciñen con sus sudarios de terciopelo y cristal columnas inclinadas de madera y grandes rocas afloradas. Otros filamentos vegetales como los bejucos secos que caen desde la maraña de las ramas más altas de los árboles. O bien suben desde abajo, quién sabe, porque no se entiende dónde tienen su origen, si en el suelo o en las copas de los árboles, o quizá en ninguno de los dos si-

tios, porque no sólo hay arriba y abajo. A lo mejor nacen en medio, en el aire, para luego estallar como pequeñas estructuras vegetales que requieren vida y que requieren muerte. Y luego está todo ese sotobosque feroz y esos miles y miles de formas vegetales que se abrazan y se combaten, desde debajo de la línea del suelo, ya en los miles y miles de radículas y en los otros miles de formas empujadas por su turgencia química y todavía sin forma, que luego prorrumpen como ejércitos del suelo con sus cuerpos desnudos todavía privados de corteza, se inventan sus primeros aparatos de respiración e intercambio con la atmósfera y empiezan a ascender hacia arriba en una furiosa y muda maraña de formas nacida de semillas traídas por el viento o de otras bombas que pululan en la panza putrefacta del mundo y dan inicio a su lucha por subir hacia arriba, hacia la luz.

«¿Por qué existe todo este sotobosque malvado», me pregunto, «que trata de envolver y anular y asfixiar a los árboles más grandes? ¿Por qué toda esta mísera y desesperada ferocidad que lo desfigura todo? ¿Por qué todo este hormigüear de cuerpos que tratan de agostar a los otros cuerpos succionándolos con sus miles y miles de raíces desatadas y sus pequeñas y demenciales ventosas, para desviar hacia sí su potencia química, para crear nuevos frentes vegetales capaces de aniquilarlo todo, de masacrarlo todo? ¿Adónde puedo ir para dejar de ver ese estrago, esa irreparable y ciega contorsión a la que han llamado vida?»